



LOS MAITINES

LA CAMPANA interrumpe el profundo silencio del desierto. La densa noche cubre implacablemente el bosque de negra y caliginosa sombra; pero en aquella completa soledad la Cartuja recibe de lo alto una lluvia de serenidad y de paz. Entre ratos percíbense los ruidos inominados del desierto, el azaroso canto de las aves nocturnas o el ulular de los desolados animales silvestres. Cabe el vecino riachuelo las ranas entonan el triste canto, su sola protesta contra aquella espesa medianoche sin luna.

Distínguense los objetos de una manera extraña y las visiones se suceden tan numerosas como los objetos. La cruz que se levanta triunfante en medio del cementerio, como símbolo cierto de futura resurrección, toma en medio de aquella inundación de tinieblas, gigantes proporciones. Las tumbas de los que un tiempo fueron víctimas voluntarias del amor divino, se juntan en fraternal abrazo de unión sin fin. Y los cipreses y los mirtos se levantan orgullosos hasta el nivel de la torre del convento, y se entremezclan con las columnas del silencioso claustro.

Los hombres duermen o corren el placer olvidados de Dios. Mas la campana vibra fuerte y pausadamente su voz metálica, que recoge el ámbito espacioso y es reflejada en las colinas cercanas. Todo se estremece en la oscuridad. Las puertas de las celdas vanse abriendo una a una y dando salida a los religiosos con sus blancas vestiduras, los cuales marchan reposadamente en la oscuridad como sombras vagas que se dirigen al coro.

En la capilla brilla apenas la luz de la pequeña lámpara que arde ante el tabernáculo. Reina un silencio total, no interrumpido siquiera por los blandos pasos de los religiosos, que van colocándose en sus puestos en el coro y quedan allí inmóviles como estatuas y sumidos en profunda oración.

Transcurridos breves instantes calla la campana. A la escasa luz de la lámpara se inventan también en la nave visiones fantásticas. Los libros coralés proyectan sombras que semejan las ruinas de algún templo pagano y sobre las losas del pavimento aparecen como las calaveras y osamentas, como las grande tibias de esqueletos descomunales. Sobre el ara, el Cristo abre los brazos a la humanidad redimida como promesa inviolable de definitivo perdón.

Una señal que parte del fondo del coro interrumpe aquel recogimiento profundo y se da comienzo al canto. En primer lugar se dice el Invitatorio, la invitación fraternal, el llamamiento a cantar las glorias de Dios en tono de alegría y esperanza. —“Venid, ensalcemos al Señor, alegrémonos en Dios nuestro Salvador... Nosotros somos su pueblo... Al oír hoy su voz no queráis endurecer vuestro corazones... Venid, adoremos al Rey... Largo rato continúa el himno haciéndose cada vez más ins-

tante como si quisiera convocar y congregar al mundo entero para aquella cándida fiesta del puro amor.

Después empiezan los Nocturnos. Al través de las notas musicales se adivina la ardiente pasión de los corazones que palpitan bajo aquellos sudarios por la gloria de Dios y por la mísera humanidad: Los coros alternan en animado y vehemente diálogo y los versos de David brotan de aquellos labios inmaculados como centellas viajeras de la tierra al cielo. —Señor Dios nuestro! cuán admirable es tu nombre en el universo entero!... Cuán elevada es tu grandeza sobre los cielos!... Los cielos narran la gloria del Señor y el firmamento anuncia la obra de sus manos!

La petición se hace inflamada por todo los hombres; nadie tema quedar excluido de aquella intercesión poderosa; y porque aquellos inmolados saben bien que Dios hace salir su sol sobre los buenos y sobre los malos, y que no hay faltas aisladas a causa del terrible contagio del mal, por eso cantan al cielo con tranquila confianza: Quién podrá comprender lo que es el pecado? Límpiame de las culpas escondidas y de las ajenas... Señor mi favorecedor y mi redentor!

Las horas pasan como una ilusión y finalizan los Nocturnos para dar comienzo a las Lecciones. En evocación espléndida se cantan entonces las glorias de la creación. Las criaturas van apareciendo una a una obedientes a la voz omnipotente que de la nada les da el sér. La luz empieza desde aquel instante su viaje fantástico por los indefinidos espacios del universo. La materia en estado caótico, la tierra informe y vacía, el sol, la luna y las estrellas. Luego se canta la maravillosa aparición de la vida en la tierra y en el fondo del mar, y al fin, en una frase musical anunciadora del gran suceso, se publica al mundo atónito la grandiosa aparición del hombre y su origen divino.

Terminada aquella narración incomparable, la comunidad entera conmovida entona el grandioso himno triunfal: A Tí, oh Dios, alabamos, a Tí, oh Señor, te confesamos!... A Tí los Querubines y los Serafines a una voz te aclaman sin cesar Santo...

La tierra y los demás astros continúan su incesante revolución en el espacio. Los hombres duermen o corren al placer por el ancho mundo. Las aves nocturnas ensayan su dulce canto. En el coro el oficio divino se sigue desarrollando en toda su belleza; pidiéndose en él la misericordia y el perdón para los malos y para los buenos, para los que gozan y para los que sufren, principalmente para los dichosos, porque a los que son desgraciados les sirve de crisol el sañudo dolor!

José Gregorio Hernández.